

sus tropas, y socorria todas sus necesidades con un cuidado paternal, no tenia el soldado el menor pretesto para robar ni para quejarse, y pensaba solo en vivir como ciudadano pacífico. Recibian recompensas los veteranos por sus servicios; mas estas consistian en tierras que cultivaban, y eran respetados en general de los militares, por la esperanza de ser tratados algun dia de igual suerte. Por último el orden y la equidad reinaban en todos los estados; cada uno gozaba seguro de lo que le pertenecia, y ya no eran de temer, como en tiempo de los últimos potentados, que mas fueron tiranos que Emperadores, ni los caprichos del soberano, ni la avaricia del ministro.

23. Iguales eran las esperanzas que habia de recoger frutos abundantes de salvacion, porque estaba de un modo admirable preparado el campo del Padre de familias: empero la simiente se habia alterado poco á poco, aunque sin estrépito al principio, por un hombre enemigo, en cuya comparacion cuantos fanáticos y corrompedores existieron hasta entonces, apenas merecen el nombre de tales. Natural de Libia era Arrio, Sacerdote de la Iglesia de Alejandría, de quien vamos á tratar, y habia seguido el cisma de Melecio, que era otro sectario, Obispo primeramente de Lica ó Licópolis en la Tebaida, y despues en un Concilio por el santo Patriarca de Alejandría Pedro, por haber sacrificado á los ídolos, y por otros muchos crímenes. En vez de merecer el perdon de sus desaciertos por medio de la sumision y de la penitencia, parece que se empeñó el

incorregible Prelado Melecio en seducir á una multitud de incautos y espíritus flexibles; y sin cuidarse mucho de colorear su cisma con alguna razon plausible, se erigió en cabeza de secta, contentándose con decir vagamente que se le habia hecho una injusticia: y con este pretesto profirió mil invectivas contra su piadoso superior, y llenó todo el Egipto de sobresalto y escándalo. Procuró por otra parte ganar una columna semejante para su cisma, cual era Arrio, juzgándole desairado y en lugar inferior al que merecia, y figurándosele adornado de ciertas virtudes y de un celo de que necesitaban sus fines, y el resultado de la negociacion fue tal como se podia esperar de dos hombres tan propios el uno para el otro. Pudo sin embargo el santo Obispo de Alejandría atraer de nuevo á Arrio al verdadero camino; y no solo le admitió á la comunión, sino que le ordenó de Diácono, pues aun no estaba iniciado en los sagrados órdenes cuando se alistó por primera vez en el partido de Melecio.

24. Mas no tardó en conocer el santo Pastor que los genios de la clase de Arrio pocas veces se convierten con sinceridad, y viendo que llevaba á mal se escomulgase á los secuaces de Melecio, á pesar de que con su propia conducta acababa de condenarlos, lo echó de la Iglesia, y no quiso oír hablar mas de reconciliacion con el hipócrita, acerca del cual se mantuvo inflexible hasta el fin de su santa vida, que acabó con el martirio.

25. San Aquilas, que le sucedió en la Silla de

Aleandría, fue engañado por el astuto apóstata á pesar de que estaba prevenido por su ilustre antecesor, el que en este particular se habia explicado de un modo capaz de persuadir, que el espíritu de Dios le tenia comunicadas luces mas que regulares. Pero nadie igualaba á Arrio en el arte del fingimiento; y así el sagáz impostor ganó de tal manera al nuevo Patriarca, que consiguió le ordenase de Sacerdote, y le confiriése el gobierno ó direccion de una de las principales Iglesias de Alejandría, edificadas desde entonces en número de nueve, casi sobre el mismo pie que nuestras parroquias, de las cuales fueron uno de los primeros modelos. Arrio hizo todos estos progresos mientras el Pontificado de Aquilas aunque duró pocos meses, y despues de la muerte del Prelado, se juzgó con bastante mérito para sucederle. Fuéle con todo preferido el Sacerdote Alejandro, cuyas virtudes eminentes y puras, reunidas á un conocimiento grande en los negocios, le grangearon todos los votos. Jamás pudo llevar á bien esta preferencia el soberbio Arrio, y determinó en su interior vengarse de aquel pretendido agravió: pero como por ningún camino podia denigrar la conducta de Alejandro, buscó ocasion de censurar su doctrina; y la particularidad de su modo de pensar no tardó en proporcionársela (1).

Dijo el Obispo de Alejandría en una junta de sus eclesiásticos, hablando del misterio de la adorable Tri-

(1) *Theodoret. lib. 1. cap. 2. Sorat. lib. 1. cap. 5. Sozom. lib. 1. cap. 15.*

nidad, que esta no contenia mas que una sola esencia. Arrio interrumpió á su Pastor, diciéndole insolentemente que predicaba el sabelianismo, y que la distincion de las divinas Personas consistiria solo en los nombres si se adoptaba la unidad de esencia, ó de naturaleza. *Escandalosa es su osadía*, clamaron todos los miembros de la asamblea; sin embargo no dejó de haber alguna diferencia de pareceres, por la astucia del Novator en ocultar el sentido de sus expresiones. Multiplicó Arrio las calumnias y las intrigas para atraerse parciales y defensores. Acreditó el Obispo en estas ocasiones la mayor modestia y suavidad; y no imaginando hasta donde llegaban las miras del indócil Sacerdote, propuso que se tuviese una conferencia, en la que fuese dueño cada uno de decir libremente su sentir y las razones en que lo fundaba. Arrio tuvo atrevimiento en este intermedio para decir que el Hijo de Dios no tenia una misma esencia con su Padre, y por consecuencia que no era hijo natural de Dios, sino adoptivo: que solo el Padre era verdadera y propiamente Dios; que el Hijo lo era solo por participacion, no siendo eterno ni inmutable, sino sacado de la nada, como las demás criaturas, bien que antes que ellas, segun él decia: y llegando despues á los últimos excesos de la impiedad, no tuvo reparo en decir que el Hijo de Dios, por su libre albedrío, era capaz de vicio lo mismo que de virtud. No sembró al principio el blasfemo tan espantosa doctrina al menos con claridad, sino

en sus conversaciones particulares; pero cuando se vió con cierto número de sectarios y patronos, no guardó atención ni respeto alguno, y vomitó sus blasfemias públicamente.

Poseía por desgracia este impío todos los talentos propios para la seducción: su porte era grave y modesto; la estatura alta y magestuosa, el exterior penitente y recogido; pero su modo de producirse suave é insinuante, con un cierto modo de presentar las cosas, que ocultaba todo lo malo que tenían, é introducía agradablemente en los ánimos el mas activo veneno (1). Era ya viejo, y su rostro pálido y descarnado, sus miembros débiles y trémulos le daban cierto aire de autoridad, que muchos le tenían por un Santo desprendido enteramente de la tierra, sin otro interés que el de la virtud y el de la piedad. Insinuábase sagazmente en todas las concurrencias un enjambre de diestros emisarios, en las que no despreciaban ocasion alguna en que pudiesen fortificar estas impresiones perniciosas, y dar á las especies que vertía el seductor todo el cuerpo á que la credulidad incauta daba lugar. Se atrajo un número prodigioso de secuaces con tales disposiciones; supo ganar á varios Diáconos, Sacerdotes, algunos Obispos y muchas mugeres indóciles; de las cuales supieron los heresiarcas sacar mucho partido en todas épocas.

26. El dia de la conferencia llegó por fin: el Obispo Alejandro convocó á su clero, y se dió á Arrio facultad para decir libremente sus opiniones, las que

(1) *San Epiphani. Hæres 69. núm. 13*

aunque horrorizaron al santo Patriarca desde la primera vez que las espuso, permitió, por el bien de la paz, que se celebrase otra conferencia, sin que en esta segunda adelantase mas que en aquella. Entónces convencido el celoso Pastor de que la suavidad y la dilacion no producian otro resultado que el de estender el error por toda la ciudad, y tal vez por las demás Iglesias, aun fuera de la provincia, reunió un Concilio de cerca de cien Obispos del Egipto y de la Libia, en el que fueron condenadas unánimemente las novedades impías, y depuesto y escomulgado su autor, con nueve Diáconos sus principales partidarios. Juzgó oportuno San Alejandro noticiar esta providencia, primero á la cabeza de toda la Iglesia, y despues á los Obispos de las Sillas mas visibles por su grandeza ó por su situacion, para dar á la sentencia tanto peso y autoridad como escándalo habia causado el error.

27. Se ve la unanimidad con que subscribieron á las decisiones del Concilio de Alejandría los Obispos dispersos por todo el Oriente, en la única de estas cartas particulares que ha llegado hasta nosotros, la que fue dirigida al Obispo de Bizancio (1). „Sentenciad con nosotros, decia este escrito, á egemplo de nuestros hermanos cuyas respuestas hemos recibido ya, los que han firmado el manifiesto que vereis adjunto á sus cartas, y os entregará nuestro querido hijo el Diácono Apion. Los hay de todo el Egipto y de la Tebaida, de la Libia y de Pentápolis, de la Siria,

(1) *Theodoret. lib. 1. cap. 3.*

de Pamfilia, de la Asia Proconsular, de Capadocia y de las provincias circunvecinas. Por tanto espero merecer de vosotros una igual aceptacion; porque despues de haber aplicado otros muchos remedios, he pensado que esta creencia uniforme de nuestros hermanos seria el mas eficaz, y perfeccionaria la curacion de los espíritus pusilánimes que se han dejado corromper." Infiérese de aquí claramente que el santo Patriarca miraba el consentimiento de los Obispos, aunque dispersos, como un testimonio infalible de la verdad ortodoxa.

No obstante se quejaba de que ciertos Prelados recibiesen las cartas de Arrio y le contestasen, contra la regla de la Iglesia que veda á un Obispo comunicar con persona alguna escomulgada por otro Obispo. „Hubiera querido, dice en otra carta dirigida despues del Concilio á todos los Obispos del mundo cristiano, hubiera querido atajar el mal en su raiz en la persona de los apóstatas: mas ya que Eusebio se arroga el derecho de dirigir despóticamente los negocios de toda la Iglesia, ya que ha abandonado escandalosamente la Iglesia de Berito, para usurpar la Silla de Nicomedia, ya que se pone al frente de los refractarios, y publica escritos en su abono; no puedo cortar ni precaver la seduccion, sino rompiendo un silencio que seria tan favorable al error que se va propagando."

28. Este Eusebio de Nicomedia, hombre muy distinguido por sus cualidades personales, llegó á ser tan famoso en los negocios del arrianismo, que los

primeros Arrianos se honraron largo tiempo con su nombre. Acababa de escandalizar la Iglesia con un rasgo de codicia no oido, que en aquella edad pura equivalia á una intrusion; á saber, por su traslacion desde el Obispado de Berito, ciudad mediana de la Palestina, al de Nicomedia, capital de la provincia de Bitinia y de todo el Imperio de Oriente, desde que los Emperadores principiaron á establecer en ella su mansion ordinaria. Era Eusebio de una cuna muy ilustre, pues tenia parentesco con Juliano Apóstata, y probablemente con Constantino; y por el favor de la Princesa Constanza, hermana de este Emperador y muger de Licinio, habia podido verificar su proyecto ambicioso.

29. Habia otro Eusebio que era Obispo de Cesarea en Palestina, al que se tiene por pariente del primero, y fue tambien protector de Arrio. Era de un mérito eminente, y se adquirió mucha fama por sus sabios escritos, en especial por su historia de la Iglesia, que le mereció el título de padre de la Historia Eclesiástica: y en efecto es la mejor de todas las de la antigüedad, y el digno tipo de las mas modernas, en cuanto al fondo de los asuntos, la dignidad y el método. Respecto al estilo, dice Focio, que es poco elevado, y que carece de aquella gracia Atica de que el lector no puede formar concepto, desde que la lengua de Atenas no se cuenta en el número de las lenguas vivas.

Dió tambien á luz, además de esta Historia, la apreciable obra de la preparacion y demostracion

Évangélica, que forma un cuerpo muy considerable de disputa contra los Paganos y los Judíos, cuyo fin es probar que los Cristianos no recibieron la fe precipitada y ciegamente, sino despues de un exámen muy prolijo, y convencidos por un juicio fundado sobre las mas sólidas razones. Muestra el tratado de la preparacion, que forma la primera parte del todo de la obra, por qué causa prefirieron los Cristianos á la doctrina de los Griegos, la de los Hebreos, á quienes distingue de los Judíos, en que estos son un pueblo particular sujeto á la ley de Moisés y á todas sus molestas observancias; y por Hebreos entiende todos los fieles que vivieron desde el principio del mundo hasta Moisés, bajo la direccion de la ley de la naturaleza y recta razon, que es comun á todos los pueblos. Ensénase en el tratado de la demostracion por qué los Cristianos despues de abrazar la doctrina de los Hebreos, no observan la ley Mosáica.

En quince libros está subdividida la preparacion, de los cuales los seis primeros contienen la refutacion del paganismo, y los nueve que siguen muestran la escelencia de los principios religiosos del mas antiguo de los pueblos. Se esponen, controvierten y examinan en la refutacion del paganismo todos los principios de la teología fabulosa, con una exactitud que acredita tanta inteligencia como sagacidad, y al mismo tiempo una erudicion prodigiosa, refiriéndose tambien en esta obra las propias palabras de los autores mas antiguos, tanto Egipcios como Griegos y Romanos. Los filósofos de los últimos tiempos para desva-

necer lo monstruoso y ridiculo de la mitología tomada á la letra, recurrían al sentido alegórico, y esplicaban de un modo misterioso las fábulas mas absurdas: pero Eusebio los persigue hasta en este mismo asilo, probando que la verdadera teología de los Paganos no era otra cosa que las fábulas entendidas tan literalmente como están en los poetas; y que aun respecto de las alegorías de los físicos, seria siempre una idolatría grosera adorar á los astros, á los elementos y á los cuerpos de toda especie, bajo el nombre de dioses y diosas. Y estrechando aun mas á aquellos filósofos mitologistas, y en particular á Porfirio, les muestra por medio del racionio mas persuasivo y la mas vasta estension de ingenio y de conocimientos, que con sus violentas esplicaciones producian mayores dificultades que las que se proponian aclarar, y que no solo arruinaban de esta manera su religion supersticiosa, sino que absolutamente destruían toda religion, de la que no dejaban á los hombres señal alguna sensible. Eusebio se propone asimismo en el libro quinto de esta primera parte refutar los oráculos, que miraba como uno de los principales fundamentos de la supersticion de los pueblos; y no contentándose con aniquilar por los medios mas invencibles la basa de toda adivinacion en general, analiza particularmente todos los oráculos mas célebres, y espone su ilusion de un modo palmar.

Despues de una refutacion de esta especie le era fácil justificar á los Cristianos de que hubiesen preferido la doctrina de los Hebreos á la de los Gentiles,

siendo tan pura la moral de estos primeros pueblos, y sus dogmas tan razonables como religiosos. Respecto á la ley del pueblo particular que habitaba la Judea, cuyo Legislador y Profetas son anteriores á los escritores Griegos, nota la conformidad de sus principios con los de los antiguos ó Hebreos, y la de estos con los filósofos mas célebres principiando por Platon. En cuanto á los filósofos cuya doctrina no es conforme con la nuestra, prueba que tampoco concuerdan entre sí, y combate acertadamente á los unos con las razones de los otros.

Hace ver en la demostracion Evangélica, que forma una excelente disputa contra los Judíos, que no debemos seguir nosotros la manera de vida, aunque sigamos la doctrina de los Hebreos: lo que prueba estensamente por argumentos de sus propios doctores, por los escritos de los Profetas, y por la conveniencia misma de las cosas; no habiéndose hecho evidentemente la ley de Moisés sino solo para el pueblo particular que vivia reducido en una provincia de poca estension, y que no debia sacrificar sino en un solo templo. Está dividida en veinte libros esta obra de la demostracion, de los cuales los diez últimos se perdieron. Descubrió Fabricio algunos fragmentos de esta obra preciosa, y los dió á luz á principios de este siglo en su biblioteca de los autores que tratan de Religion.

Los demás escritos de Eusebio son su crónica traducida por San Gerónimo, la vida del Emperador Constantino, la del Mártir Pamfilio, la historia de

los Mártires de su tiempo, sus comentarios sobre la Escritura y varios tratados Polémicos. No habiéndonos propuesto analizar formalmente ni aun las obras de los principales escritores, sino tan solo indicar los recursos que de ellas se pueden sacar en favor de la Religion, y mostrar el carácter de sus autores; solo diremos que el de Eusebio por su gran solidéz, abundancia en las materias, y erudicion profunda é interesante, hizo justamente que se le tuviese por un escritor de los mas juiciosos, y por el hombre mas sabio de su tiempo (*).

Añadia Eusebio á su nombre propio el del mártir Pamfilio, que habia pasado su vida en el ejercicio de todas las virtudes, á las cuales reunia una gran capacidad y una aplicacion constante tanto á estudiar como á enseñar. Habiendo este sabio y santo Sacerdote recogido con el mayor esmero los escritos de los autores Eclesiásticos, principalmente los de Orígenes, que copió cuasi todos de su mano, formó con ellos una rica biblioteca en Cesaréa; y estableció

(*) Por el mismo tiempo que Eusebio de Cesaréa floreció el ilustre escritor y Presbítero Español llamado Cayo Veccio Juvenco Aquilino. Fue de familia noble, y el primero de los poetas latinos que empleó el lenguaje poético en materias de la Religion Cristiana: pues siguiendo en cuanto le fue posible el testo de los Evangelistas, escribió en verso hexámetro ó heróico la vida de Jesucristo. Tambien escribió en verso acerca de los Sacramentos, aunque no han llegado á nosotros sus producciones. De él habla San Gerónimo en el libro de los escritores Eclesiásticos, núm. 95, y Don Nicolás Antonio, en el libro segundo de su biblioteca, cap. 4.

en esta ciudad una escuela cristiana, en la cual Eusebio, uno de sus muchos discípulos, se aficionó de tal modo á su maestro, que despues de su martirio, acaecido en la persecucion de Diocleciano, creyó que hacia poco en escribir su vida, y quiso llevar siempre su nombre. ¡Feliz él si despues de la muerte de Pamfilio hubiese sabido elegir otro objeto de su cariño tan digno como el que habia perdido! Mas por su desgracia trabó amistad con Arrio; y á pesar del empeño de muchos modernos en justificarle, es muy verosimil que perseveró siempre en el error.

Respecto á Eusebio de Nicomedia, el corto interés de sostener á un simple Sacerdote como Arrio, no hubiera tenido la mayor influencia en el carácter y procedimientos de aquel Prelado altivo y cortesano, si no se hubieran mezclado otros motivos. Su envidia se despertó en efecto al ver que el Obispo de Alejandría que principiaba á nombrarse Arzobispo y Patriarca, tuviese una dignidad mayor que la suya. Escribió Arrio arrojado de Egipto y retirado á Palestina, en donde habia hallado el apoyo del Obispo de Cesaréa y de algunos otros Prelados, probablemente por consejo de ellos, al Obispo de Nicomedia, y le esplicó su doctrina. Dióse traza á ridiculizar asimismo á los grandes Obispos que no pensaban á su modo, como Filógeno de Antioquía, Macario de Jerusalem, Helánico de Trípoli, y mas que á todos á su propio Pastor San Alejandro: pero de los que seguian sus opiniones habló el sectario como de unos hombres del mas grande mérito y de la mas acendrada virtud.

30. Eusebio le respondió que fuese á verle á Nicomedia, á donde el herege acudió sin dilacion con muchos Obispos partidarios suyos; y fue presentado como si fuese un santo perseguido, á la Princesa Constanza. Empeñáronse sus favorecedores en que habia de volver á su Iglesia, y que su Obispo lo habia de recibir: pero para hacer la cosa con alguna formalidad y desacreditar á Alejandro en la corte, aconsejaron á Arrio que le escribiese una carta justificando su conducta. Acompañaron á ella sus instancias los protectores del hipócrita, y la firmaron los dos Eusebios, Paulino de Tiro, y un gran número de Prelados inficionados ó sorprendidos. Lejos de abjurar sus impiedades el heresiarca, hacia una nueva profesion de ellas en su misma peticion, manifestándose muy dispuesto á estenderlas de todos modos; y con este designio compuso por aquel mismo tiempo unas canciones populares, para insinuar agradablemente el veneno en los corazones de las personas mas comunes (1). Habíalas para los viajantes, para los marineros, para los artesanos, y hasta para las personas de vida depravada; pues solo á estas pudo tener presentes en su pieza intitulada *Talia*, compuesta sobre el tono de las coplas mas obscenas.

31. Despertaron en aquel santo viejo toda la actividad y vigor de la primera edad, tan reiterados ataques como sufría el Obispo de Alejandría, ó por mejor decir toda la Iglesia. Escribió primeramente al Papa San Silvestre, segun se cree, dándole cuenta de

(1) *Philostorg. lib. 2. cap. 2. S. Athanas. in Arium Orat. 2.*